

Jaime Mendoza

COLECCIÓN
CLÁSICOS

5

PÁGINAS BÁRBARAS

Novela

Grupo Editorial



Segunda Edición

INTRODUCCIÓN

Entre la gran variedad de territorios que constituyen Bolivia, uno de los más interesantes es el llamado territorio de Colonias. Esta región, que después de los últimos tratados con el Brasil y el Perú se ha achicado muchísimo, no es sino la continuación del gran sistema de bosques extendido desde los ríos Madidí, Madre de Dios y Beni, hasta las fronteras brasileñas y peruanas, cubriendo una área de más de doscientos mil kilómetros cuadrados.

Y semejante bosque está aún inexplorado en su extensión considerable, y no obstante de hallarse dotado de los más preciados recursos para la vida humana, es una de las zonas más despobladas del país.

En Bolivia pasa el curioso fenómeno de que precisamente las tierras más ricas y fecundas, en todo género de producciones yacen todavía inhabitadas, al paso que la parte más inhospitalaria del país, por sus condiciones físicas, como es el altiplano andino, ha reconcentrado en sí la mayor suma de poder y actividad de la República. Basta dar una ojeada al mapa para convencerse de esto. Allí se ve gráficamente cómo en el altiplano, o en derredor de él, se han desparramado las poblaciones, mientras que en las dilatadas regiones del norte, oriente y sudeste, que forman la mayor y mejor parte del país, se ve claros enormes, denunciando que allí el hombre civilizado aún no ha dejado las huellas de su paso.

Naturalmente, tal fenómeno se explica por la proximidad de la altiplanicie al mar y porque en ella se halla el principal núcleo

de la minas. Bolivia se encuentra en pleno período minero. Dotada de riquezas metalíferas incalculables, hoy la República sigue aún por el camino de la Colonia. Sus hijos se consagran al trabajo de las minas, con el mismo ardor que lo hacían antaño los conquistadores. Pero cabe decir que este exclusivismo y este afán ya no durarán mucho tiempo. Las minas solamente constituyen uno de los aspectos más interesantes del país, sin que por eso deba creerse, como lo hacen algunos, que en ellas se cifra el porvenir nacional. Mal librada quedaría Bolivia si para lo futuro no contase sino con sus minas. El metal no se siembra ni se reproduce. Él no puede por sí sólo hacer jamás un país. Es el vegetal que lo hace. Las naciones más grandes de la antigüedad se formaron sobre este fundamento. Siria, Persia, Egipto, fueron países agrícolas en sus mejores tiempos. Y sin ir hasta la antigüedad, Bolivia tiene un ejemplo palmario de esto en uno de sus vecinos —la Argentina— país soberbio que con sólo su trigo —oro en grano— puede mucho más que aquella nación con sus cerros de estaño y plata.

Pero Bolivia posee también, como Argentina, tierras magníficas, aptas para toda clase de producciones. Su Territorio de Colonias, sus llanuras orientales, su Gran Chaco, son otras tantas minas vegetales donde hoy mismo, sin el trabajo humano y nada más que por el esfuerzo de la Naturaleza, se dan productos innúmeros que se desperdician, toda vez que no hay quien los aproveche. Sólo que Bolivia no tiene la ventaja de sus vecinos de una amplia salida al mar; y sobre esto, sus tremendos relieves geológicos constituyen murallas implacables que se oponen no sólo a su vida de relación con el resto del mundo, sino también de sus propios elementos constitutivos. Los ferrocarriles bolivianos, encaramados en el altiplano, aún no pueden pasar de él, El más atrevido se detuvo en el Potosí, o sea en el centro umbilical de su zona mineralógica. Los demás van yendo, poco a poco, trabajosamente, camino de las tierras calientes. Y solamente

cuando ellos se hayan internado allí, cuando esos conductores de la humanidad hayan desparramado regueros de hombres en los que son ahora inexplorados y ubérrimos territorios, será el despertar prodigioso de las fuerzas latentes que en su seno duermen. Sólo entonces habrá aparecido la nación más integra, grande, potente, hecha con toda la variedad de sus recursos, los que harán de ella un país que figurará en primera fila, junto a los países más espléndidos del globo.

Después de las minas, una de las pocas industrias que ha dado algún provecho al flaco erario boliviano ha sido la de la goma elástica. Y es aquí que recientemente aparece el Territorio de Colonias, figurando en el mapa del país. El Territorio de Colonias es, en efecto, la región clásica de la goma, como el altiplano lo es de las minas. Fuera de la goma no se aprovecha en ese territorio ninguna de las ingentes riquezas de que está lleno, y es posible que sin ella permanecería aún desconocido e inmolado. La goma ha sido el mágico talismán que ha esparcido allí gentes de distintas partes del mundo, que ha hecho brotar, como por arte de encantamiento, las barracas en las márgenes de los ríos, que ha juntado el silbato del vapor al guirigay de los moradores del bosque, que ha convertido a los salvajes en civilizados y a los civilizados en salvajes; que ha producido tragedias terribles, que ha suscitado aventuras de leyenda. El mismo conflicto último entre Bolivia y el Brasil puede decirse que ha sido originado por la goma. El Brasil quiso tragarse la región gomera más rica de Bolivia y lo ha hecho. Ese es la verdad. Sin la goma es seguro que esa lejana región permanecería aún desconocida e indisputada. Es más, hoy mismo, si la industria gomera muriese, morirían allí toda actividad, todo progreso, y nada raro sería que esa región volviese a *barbarizarse*.

El Territorio de Colonias ocupa todo el noroeste de Bolivia. Su configuración, como ya hemos dicho, es la de un solo bosque,

«el bosque real» como allí se le llama. Es el término opuesto de esa otra región enorme, sin árboles: el altiplano. Ved aquí dos de los más grandes contrastes, entre los muchos que ofrece el suelo caprichoso de Bolivia. Dos inmensidades extrañas, grandiosas, imponentes, aunque monótonas como todo lo que es desmesuradamente grande y uniforme. La una, un llano de más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, con fríos que llegan a 30° bajo cero, sin más que una vegetación misérrima a trechos, amurallada por un marco de piedra y nieve; torva, implacablemente hostil, sin ofrecer al hombre más lecho que la pampa desnuda y pétrea, abierta a todos los vientos, ni más techo que el domo inconmensurable de un cielo de sorprendente belleza glacial. La otra, un llano también, más un llano cubierto de vegetación gigantesca que forma magníficos palacios, bajo cuyas arcadas verdes se puede estar caminando meses enteros, sin salir a plena luz; región admirablemente rica, poblada de infinitos seres, desde el microbio al antropoide, con calores que llegan a 40° sobre cero; pródiga hasta el derroche, brillando sin tasa a sus moradores los dones de su seno inagotable, dándose siempre como una bella y generosa mujer. Ciertos puntos del altiplano, como el Illampu, hacen pensar en la región polar; otros, como el Territorio de Colonias, llevan la imaginación hacia el seno misterioso del África negra. La una cansa por su pobreza de vida; la otra por el derroche de la misma, La una es el imperio de la piedra; la otra es el imperio del árbol.

¡El árbol! He aquí lo que caracteriza y resume esa tierra. Él es su vida, su gesto, su belleza. Él vence al trigo; es el alcázar de las aves; es la envidia de la pampa y el rival de la montaña; es casa, es abrigo, es alimento, es templo, es lecho, es dosel. Es también arpa gigantesca. Todo lo es allí el árbol; la fuerza, la alegría, el esplendor, el poder... ¡Un gran rey. Pero también hay tantos árboles! Rebaños de reyes. Aquel verdor fastuoso aturde, emborracha. Uno se siente aplastado bajo aquellas bóvedas

flotantes y, entre aquel mar de pilares –curiosa arquitectura–, que se mueve y cruje, y suspira y canta. Es un laberinto inextricable donde a poco que se pierda el rumbo, no se vuelve a salir. Se está como en medio de un océano de hojas. Se está como en una orgía fenomenal, una danza loca de troncos y de ramas abrazados, apiñados, superpuestos, que le interceptan a uno el paso por delante, por los lados, por atrás, llevando la mente al vértigo y aún al terror. El árbol se vuelve aborrecible. Lo mismo que es una protección se torna en tiranía. Y esta tiranía no se limita al Territorio de Colonias. Pasa mucho más allá, extendiéndose dentro de Bolivia por más de un millón de kilómetros cuadrados.

Desgraciadamente, no existiendo aún la vía férrea que haga comunicar la región extrema con el centro de Bolivia, dicho se está que el acceso a ella se halla rodeado de enormes dificultades.

El Territorio de Colonias es todavía una tierra muy poco conocida por los mismos bolivianos. Para muchos de ellos, viene a ser algo así como una isla borrosa e inabordable, defendida por monstruos feroces, como los dragones de la fábula. Es mucho más fácil ir desde la capital boliviana a Europa que a ese territorio. De Sucre a Europa hay más de siete mil millas que se pueden recorrer en tres semanas; de Sucre al Territorio de Colonias no hay ni mil millas y, sin embargo, hay que tardar más de un mes para salvarlas. No es, pues, precisamente la distancia, sino la propia constitución geológica del país, la que, presentando en un solo bloque los elementos más contradictorios, pone a prueba la paciencia y el ingenio humanos. Por eso es que las varias expediciones militares que se han realizado desde la glacial altiplanicie a esa región, abrasada e incógnita, constituyen verdaderas hazañas en que se manifiesta, de manera patente, la fortaleza del soldado altoperuano. En efecto, la principal batalla que hay que librar ya no es con los

hombres, sino con los elementos. El calor, el bosque, la tierra, el agua, el desierto, las enfermedades, se oponen de tal manera al soldado que, cuando éste llega a dominarlos, ya la lucha con su igual puede considerarse como un asunto accesorio, o una mera distracción.

De las gentes que habitan esa región se sabe, así mismo, tan poco que las mismas expediciones que de allí vuelven tienen apenas ideas vagas o erradas. Lo que sí se sabe muy bien es que allí hay goma, mucha goma. Eso es lo que llama la atención, aún de los indiferentes. Lo demás importa poco. Aun las personas observadoras que han permanecido durante largos períodos en ese territorio, poco o nada se han interesado en la vida íntima, en los pequeños detalles que forman la manera de ser de sus moradores. ¿Cómo vive, por ejemplo, el siringuero, ese trabajador anónimo que yace en esos bosques totalmente incomunicado con el resto del mundo? ¿Cómo se viste o alimenta? ¿Cuáles son su nivel intelectual o moral, sus goces o sus penas? Puntos son estos que podrían dar lugar a ciertas consideraciones, más o menos importantes, si personas de buena voluntad diesen al hombre la misma importancia que se da a esa cosa lechosa que se llama *goma*. Pero el siringuero va pasando inadvertido dentro de su propio país y probablemente seguirá lo mismo, hasta su desaparición definitiva del escenario en que figura, una vez muerta la industria gomera, cuyo porvenir en el país se halla seriamente comprometido. De este ejemplar de obrero digno de llamar la atención por más de un punto de vista, no se sabrá más en lo futuro, como no se sabe hoy de otros, v. gr. de los que trabajan en la coca, de los *cascarilleros*, etc., cuya labor humilde contribuye, en alto grado, a la industria nacional.

El Territorio de Colonias empezó a ser conocido sólo desde el año 1890. Un médico norte-americano, el Dr. Eduardo

Heat, en una excursión sobrado audaz para esos tiempos y lugares, reconoció las bocas de los ríos Beni, Madre de Dios y Ortón, despejando con este hecho memorable una incógnita que preocupaba al país hacia tiempo. Esta hazaña de Heat abrió las puertas de la región. Sabíase que allí había mucha goma, y con sólo esto el territorio enigmático se volvió un imán que atrajo hacia sí gentes de toda laya. Industriales, comerciantes, aventureros, afluyeron ávidos y corajudos, distinguiéndose entre todos, Antonio Vaca Diez, otro médico, quien fue el primero en establecer trabajos de explotación gomera en las zonas descubiertas. Hay que recordar que en estos tiempos, mucho más que ahora, la organización de tales trabajos estaba rodeada de inconvenientes de todo género. La gran distancia hasta esa región desde los centros poblados del país, las dificultades incontables del trayecto, el miedo a lo desconocido y mil otros inconvenientes se oponían a cada paso a los hombres que tentaron los primeros ensayos de colonización allí. Pero el incentivo de la goma era tan grande que ya no se veía dificultades ni peligros, y muchas veces se penetraba en esas soledades, aun sin contar con los recursos más indispensables para la vida. Las expediciones de Vaca Diez que trasladó en masa sus trabajadores del Alto Beni al nuevo territorio, así como de otros personajes emprendedores que se desparramaron allí audazmente, buscando el *árbol del oro*, son ejemplos notables de tesón y de bravura.

Metidos dentro de la selva feroz que les servía de cárcel, rodeados de ríos inmensos, en absoluta incomunicación con sus semejantes, aquellos hombres esforzados iban, de uno a otro lado, muchas veces al acaso, con la seguridad de que ni delante de ellos ni detrás, no hallarían ninguna protección en caso de un fracaso. Un simple tronco, una entrelazada balsa les servía a veces para hacer largas travesías en los ríos erizados de palos, con saltos temibles y poblados de monstruos.

El bosque denso se les presentaba como una barrera infranqueable, pero ellos penetraban en su tenebrosidad, abriéndose paso con el hacha o el cuchillo, al través de troncos, ramas y bejucos que semejaban huestes bravas de seres encargados de oponerles resistencia. Sufrían el asedio encarnizado de los mosquitos y de otras innumerables alimañas que poblaban el ambiente. Las enfermedades se cebaban en sus trabajados organismos. Fiebres, llagas, nostalgias, eran sus compañeros habituales. Permanecían largas temporadas sin los artículos más indispensables para la alimentación. Les faltaba sal, les faltaba el pan y hasta el mal *charqui*. Y les faltaba la munición para cazar. Había que usar de la flecha y otros menesteres bárbaros. Por su suerte estaban en una región donde es difícil morir de hambre. Sin más que algún guñapo por vestidura, que no alcanzaba a cubrirles contra el sol y los insectos, se iban quedando más y más desnudos como los salvajes. Y hasta su propia inteligencia hacía a las formas primitivas de la idea y del sentimiento.

Y sin embargo, cómo se transformaban aquellos hombres, cuando después de tantos trabajos encontraban el árbol de oro. ¡Esa era su compensación! Agotados, hambrientos, desnudos, semejantes a espectros vagando en los bosques, apenas se mostraba a sus ojos ese árbol maravilloso, cuando se tornaban otros. La risa volvía a sus labios exangües, el grito de gozo a sus gargantas reseca y algunos glóbulos rojos más a su sangre paupérrima. Todo lo olvidaban por él. Hallarlo, descubrirlo, era como hallar regueros de plata derramados en la selva. Parecían delirantes, o realmente lo estaban. Más que las fiebres palúdicas tan frecuentes en esa región, les trastornaba la cabeza esa otra fiebre regional: la fiebre gomera.

En la época en que los primeros exploradores penetraron en el Territorio de Colonias, se hallaba poblado por diversas tribus,

bárbaras que fueron ahuyentadas por ellos o se las subyugó, para incorporarlas en los trabajos de la explotación gomera. Entre estas tribus, una de las más numerosas, era la llamada *araona*, que ocupaba extensas tierras entre el Madre de Dios, Manuripi y Tahuamanu, distinguiéndose, además, de las otras por su índole mansa y ciertas dotes de inteligencia. Los araonas habían mostrado más de una vez tendencias a adaptarse a ciertas formas de la civilización. Eran indígenas emprendedores que construían larguísimos caminos al través de los bosques, por los cuales salían, caminando meses enteros, desde sus lejanas tierras hasta los centros más próximos de gentes civilizadas, para procurarse utensilios de agricultura, construcción y caza. El mismo Vaca Díez, durante su permanencia en el Alto Beni, donde tuvo sus primeros establecimientos, y bastante tiempo antes del descubrimiento del Territorio de Colonias, tenía ya relaciones con los araonas. Visitábanle estos bárbaros cada año y le daban claras noticias de sus tierras y de los ríos Madre de Dios [Manu-tata] Orton [Dati-manu], Manuripim, Tahuamanu y otros que entonces eran desconocidos.

De todo lo cual resulta que esos bárbaros se habrían prestado fácilmente para un ensayo de cultura humana realizada en ellos, dentro de condiciones apropiadas.

¿Pero, quién iba, entonces, a proponerse semejante cosa?

Ya lo hemos dicho: el único objetivo de las gentes civilizadas que se aventuraron a penetrar en esas regiones era la goma. El hombre, es decir, el bárbaro, venía a ser para ellos sólo una cosa accesoria que apenas se le tenía en cuenta en lo que podía relacionarse con esa misma goma, esto es, ya como un estorbo para alcanzarla o, ya más bien, como un instrumento para su adquisición. A nadie se le ocurría modificar el estado salvaje de esos seres, dándoles algunas nociones de moral, de equidad, de derechos humanos, y quien hubiese hablado de tal cosa se

habría puesto sencillamente en ridículo. Bien sabido es, a este propósito, el modo de ser de todos los conquistadores respecto a los conquistados, llámense aquellos españoles, ingleses o italianos. Nadie piensa en el mejoramiento del bárbaro subyugado, sino más bien en su ruina y extinción. Cuando se podía sacar hasta económicamente, inesperados provechos, educando en formas convenientes a esas criaturas incultas, se tiende solamente a su degradación, ya por medio de agentes indirectos o ya de un modo ostensible y cínico. Ejemplos de ellos los vamos viendo en los norteamericanos con los pieles rojas o en los chilenos con los *araucanos*. Se califica al aborigen de rémora para la civilización y se lo mata. Se prefiere destruir en vez de corregir. El procedimiento es más breve, pero es antihumano y aun absurdo. El indio no es un bloque inerte. Es un elemento maravilloso del que una paciente educación y una voluntad bronceada puede sacar frutos admirables. Por sobre las frases socorridas de «razas superiores e inferiores», de «razas refractarias a la civilización», de razas «achataadas» existe una verdad incommovible: el hombre es modificable según las condiciones en que se lo coloque. Pero, ¿Quién va a tentar en el hombre las experiencias que se hace con los animales o las plantas? Más interés tiene, seguramente, una cría de caballos o de perros que una cría de hombres. Lo que es en Bolivia, las razas autóctonas *quichua*, *aimara* o *guaraní*, están aún esperando que se las saque de su primitiva condición. Los españoles primero, y después los criollos, han demostrado ser incapaces para eso. ¿Qué habría sido si en lugar de los españoles hubiesen sido los ingleses los conquistadores de estas tierras? Que a esta hora no quedaría en Bolivia ni un indio...

La entrada de las gentes civilizadas a las incultas regiones del noreste boliviano, no mejoró, pues, en nada la condición de sus moradores indígenas. Más bien la otra proposición es la cierta: La empeoró. En su situación anterior los bárbaros tenían siquiera

el pleno dominio de sus tierras. Luego lo perdieron. Los unos tuvieron que huir empujados por la ola de los intrusos, mientras los que se quedaron, sojuzgados por ellos, pasaron a una nueva escuela, donde empezaron a recibir el más funesto aprendizaje. Si hasta entonces el bárbaro araña se había formado ciertas ideas favorables de esas gentes nuevas, que disponían de tantos recursos para ser mejores que él, para vivir una vida más tranquila y exenta de cuidados, pronto quedó completamente decepcionado. Esas gentes eran tan infieles como él o aún más, si cabe. La civilización no les había dotado de huesos más sólidos o de piel más fuerte, ni les había enseñado a tener mejores sentimientos, ni les había librado de las necesidades ciegas del organismo. Al contrario, ella había creado en ellos nuevas necesidades: había multiplicado sus apetitos y aún les había hecho más vulnerables a los agentes exteriores. Sobre todo, una de las cosas que más chocó al bárbaro fue la cara de hambre rabiosa, inextinguible, loca, mil veces peor que la que él sentía cuando era capaz de engullirse un *marimono* crudo. Es decir, no era precisamente hambre de comer. Era el hambre del hombre civilizado, era la codicia. Era el deseo de poseer el árbol de la goma que ponía en sus figuras toda la gama de gestos entusiásticos, trágicos o ridículos de que es susceptible la personalidad humana. Era la historia eterna de los israelitas bailando en torno del becerro de oro, que bajo formas, más o menos plásticas, se va repitiendo diariamente en todo el mundo. Cuando el bárbaro quedó enterado de esto, debió salir tal mueca de asombro y risa a su cara, que habría avergonzado a más de un apóstol del progreso. Seguramente hirió su grosera inteligencia el hecho de que aquellos hombres extraños hiciesen tantísimas cosas, mostrasen tanto afán, y hasta se matasen unos a otros, nada más que por un árbol. Esa inteligencia primitiva no podía alcanzar más que eso, con unos cuantos pasos más su asombro y su risa habrían sido mayores, sabiendo que la civilización ha

hecho los ferrocarriles, ha hecho los barcos de vapor, ha hecho el telégrafo y mil otros milagros, y no ha hecho, sin embargo, el milagro más grande de todos: el de enseñar al hombre a ser más bueno con sus semejantes.

Desde que entraron en el Territorio de Colonias, las primeras partidas de hombres civilizados entró también, con ellos, una avalancha de pasiones que hicieron de ese territorio un teatro de duelo y despojos. Sobre ese tranquilo paisaje verde fue a poner el hombre terribles manchas rojas. Sucedió allí lo que fatalmente tenía que pasar, tratándose de una zona tan aislada y tan distante, donde no podían llegar las leyes del país. Surgieron las animosidades, las disputas, los abusos entre las gentes de toda laya que allí habían acudido. El *árbol del oro* que había despertado nobles impulsos de trabajo y actividad, despertó sucesivamente los malos instintos, las concupiscencias, los vértigos tremendos. Llegó, sobre todo, un periodo en que parecía que se hubiese invertido toda norma y todo principio a que el hombre se sujeta, por lo menos ostensiblemente, dentro de la sociedad civilizada. El atropello ocupó el lugar de la justicia. Cesaba todo escrúpulo y todo sentimiento de piedad. El tímido se volvía valiente y el timorato cínico. Los gomales se disputaban a sangre y fuego. Se asesinaba en masa. Una cuestión personal cualquiera, una simple nimiedad, se resolvía a balazos. Se mataba hasta por entretenimiento. La caza de bárbaros daba lugar a verdaderas hecatombes. Se exterminaba a los reacios y se ejercitaba mil violencias contra los prisioneros. Falanges de aventureros famélicos se remontaban hasta las rancherías de los indígenas, mataban a los inútiles y traían cordones de adolescentes, mujeres y niños que después se distribuían en las barracas, vendiéndoseles a vil precio o haciéndoseles objeto de peores manejos. Alguna vez, los bárbaros, también tomaban el desquite. Sorprendían las barracas solitarias y los campamentos, daban fin con todos

los hombres y se llevaban las mujeres. No hace mucho tiempo, una mujer que había sido sustraída en estas condiciones, fue rescatada después de muchos años en una batida hecha contra los bárbaros. Estaba ya vieja .Y tenía varios hijos. Dícese que al volver a la vida civilizada echaba de menos su anterior estado. En cuanto a las gentes no bárbaras, que eran llevadas a ese territorio en tropas numerosas con el nombre, de *enganches* desde diversos centros del país, no eran tampoco mejor tratadas que los aborígenes. Desde que el obrero había transpuesto los límites de la región, bien podía decirse que había perdido definitivamente su libertad y que pertenecía a un mundo nuevo, donde tenía que someterse incondicionalmente a cuanto de él se exigiese. En suma, en aquel rincón de la tierra pasaba lo mismo que en el resto de ella; el dominio del fuerte sobre el débil. Sólo que allí no se usaba disimulos ni eufemismos más o menos engañosos a los oídos. El látigo y la bala no necesitaban rodearse de ningún circunloquio.

Y lo más triste era que el gobierno nacional no podía llevar su acción protectora hasta las lejanas comarcas; de manera que allí los señores hacían lo que les venía en gana con los siervos.

¡Pero qué mucho que así fuese! Hoy mismo, no obstante los mejoramientos llevados a cabo en esa región, todavía la condición del obrero es lamentable. La administración de justicia no existe, por mucho que hayan tribunales y jueces. El bosque es todavía más poderoso que el hombre. Las leyes no pueden llegar hasta el rancho del siringuero.

Todo lo cual, por otra parte, no es muy extraño. Un país como Bolivia, nuevo y aun desprovisto de hombres y dinero, no puede desarrollar sino una acción lenta y trabajosa en las diversas partes de su inmenso y complicado territorio. Más extraño es que países que están colmados de esos recursos

no puedan, sin embargo, mejorar en la medida necesaria la condición lastimosa de innumerables seres que alientan en su seno. Si es realmente triste que el gobierno de una nación no pueda llevar su ayuda a gentes que son martirizadas en remotos puntos de su suelo, es más triste que otros gobiernos no puedan salvar a millares de sus hijos que están pareciendo a su lado, por mil causas; v. gr. de hambre, tal como pasa en Londres o en París o en Berlín, donde en el foco de la civilización y en medio de la opulencia y del derroche, se ve horrores que no se ve entre los salvajes.

Lo que hay es que en estas cosas, más se suele ver las formas, las apariencias, lo que más hiera la imaginación, que no el fondo de ellas. Un Putumayo pone los pelos de punta; en cambio, un Dreadnought o una batería de cañones Krupp, causan una impresión parecida al éxtasis; se habla con gran énfasis de los crímenes que se cometen en países semibárbaros, sin leyes y sin religión y no se miran las monstruosidades que diariamente se llevan a cabo con la ley en la mano y aun con la oración en los labios.

ÍNDICE

Presentación.....	5
Introducción.....	7
I.....	21
II.....	24
III.....	31
IV.....	42
V.....	52
VI.....	62
VII.....	69
VIII.....	91
IX.....	103
X.....	108
XI.....	119
XII.....	126
XIII.....	134
XIV.....	141
XV.....	163
XVI.....	168
XVII Retrocedemos algunos días.....	179

TOMO II

XVIII.....	193
XIX.....	198
XX.....	203
XXI.....	208
XXII Volvamos a verdugo.....	211
XXIII.....	216
XXIV Al día siguiente el batelón seguía rumbo a Palestina.....	230
XXV.....	238
XXVI.....	244

XXVII.....	252
XXVIII.....	257
XXIX.....	262
XXX.....	267
XXXI.....	272
XXXII Pasó un mes.....	278
XXXIII.....	283
XXXIV.....	287
XXXV.....	296
XXXVI.....	299
XXXVII.....	310
XXXVIII.....	314
XXXIX.....	327
XXXX.....	339
Terminos indídenas empleados en este libro.....	357

“Otra novela digna de mención es *Páginas Bárbaras*. Escrita diez años antes que la famosa novela *La Vorágine* de José Eustasio Rivera; describe la misma región del trópico donde, en territorio boliviano, la explotación de la goma alcanzó pasajero auge. Aquí se sobrepone el drama humano –donde también hay miseria moral y económica–, la destrucción de la naturaleza lujuriosa, bella, indomable y peligrosa: una región que los bolivianos todavía no han poblado debidamente a estas horas, como para asentar su soberanía económica en base a las riquezas de ese territorio”.

Augusto Guzmán

“*Páginas Bárbaras* bien podía ser una de las primeras novelas fundamentales de la narrativa boliviana. Perdida en la maraña de un realismo costumbrista, Jaime Mendoza nos descubre el velo de una Bolivia desconocida por propios y extraños, para ofrecernos un magistral universo, donde su palabra cobra un relieve singular”.

Adolfo Cáceres Romero

